

CÁDIZ

SEMANA SANTA

2024

PREGÓN



CONSEJO LOCAL
DE HERMANDADES
Y COFRADÍAS DE
CÁDIZ

Ayuntamiento de Cádiz
Fundación Municipal de Cultura

Edita

Fundación Municipal de Cultura. Ayuntamiento de Cádiz
Consejo de Hermandades y Cofradías de Cádiz

Autor del cartel

Chema Rodríguez

Diseño y maquetación

www.compasgrafico.com

Depósito Legal

CA 32-2024

PREGÓN
DE LA
SEMANA SANTA
DE
CÁDIZ 2024

GRAN TEATRO FALLA
17 de marzo de 2024

PRESENTACIÓN

a cargo de

Juan Mera de Gracia

¡Qué bien se está aquí, Excelentísimo y Reverendísimo señor Obispo! ¡Qué gusto da saber que nos encontramos en el lugar apropiado y a la hora justa, Excelentísimo señor Alcalde, señores concejales y autoridades presentes! ¡Qué gozo tan palpable desborda nuestra presencia en este teatro, señor presidente y miembros del Consejo Local de Hermandades de Cofradías! Porque, queridos hermanos mayores, miembros de juntas y cofrades que venís de todos los lugares, incluso más allá de nuestra urbe, sabemos que cuando el reloj del tiempo marca siete días exactos para el Domingo de Ramos el ángelus que todo lo cambia hay que rezarlo en el Gran Teatro Falla.

Hace siete años, me disteis la oportunidad de abrazar este lugar como nunca olvidaré en la memoria de mi ser cofrade. Afirmo que todo cofrade que se sube al atril de este singular escenario el Domingo de Pasión tiene el honor de recibir el premio nobel cofrade de su ciudad. ¡Subirse para dar el pregón de la Semana Mayor de tu ciudad! A eso venimos y por ello aquí estamos. Sin reticencias ni cortapisas, sino para disfrutar y sentirse más orgulloso, si aún más cabe, del acontecimiento que cambia la ciudad, la Semana Santa.

No me gustaría estar en la camisa del Consejo Local cuando llega el momento de designar al pregonero. ¡Ardua tarea! Sobre la mesa nombres de toda índole y perfiles que aspiran con dignidad y maestría a pregonar nuestras cofradías y hermandades. El objetivo siempre el mismo: la Semana Santa de Cádiz debe tener el mejor de los discursos y la persona elegida debe hacernos vibrar en los asientos.

Es fácil hacerse la pregunta de quién es el cofrade perfecto para pregonar nuestra Semana Mayor. Lo difícil es hacerla cada año y saber acertar en la elección.

Pues miren ustedes por donde, como les decía al comienzo de esta presentación, si es un placer grandioso estar hoy en el Teatro Falla, justo siete días antes del Domingo de Ramos, el agrado se dobla cuando la persona elegida para ocupar el atril es un gaditano que sabe llevar en su corazón y en sus costumbres a su ciudad, y que entre teclado y pantallas, entre papeles y micrófonos, sabe saborear la ciudad en la que vive y por la que vive con una bonhomía y una entrega que gusta pasar junto a él y, si tiene tiempo, pararte a comentar el día a día que nos lleva.

Si el año pasado la radio y la televisión definían la personalidad de nuestro exaltador, este año nuestro pregonero es de pluma, tinta y papel. Y aunque hoy la tecnología manda en casi todas las profesiones, y los folios o la mecanográfica han dejado lugar a los ordenadores e internet, nuestro querido pregonero aún conserva esa chispa de los viejos periodistas que han escrito y descrito la historia de nuestra ciudad desde un despacho del Diario de Cádiz y el chasquido de los adoquines de nuestras calles que tan bien anuncian y denuncian todo cuanto en Cádiz acontece.

Nació en el siempre querido, nombrado y recordado Hospital Mora, buena presentación para una mejor tarjeta de visita, pero se crio en el barrio de San Severiano, parroquia que bien le conoce pues allí se bautizó, comulgó y se confirmó.

El tiempo que tanto juega con nosotros movió los hilos para que entre sus aficiones –incienso y fútbol– conociera a la que sería y es su mujer, Yolanda, y con la que comparte orgulloso los pasos que ha tenido y tiene que dar en los ignotos caminos de la vida. Tan orgulloso está de su compañera y ella de él que la vida les regaló a sus dos hijas, Esperanza y Paula, sus dos pupilas o sus dos musas, según se mire, que alimentan los latidos de ese corazón tan grande que nuestro pregonero y su mujer comparten indivisamente. Y de ello puedo yo dar fe, pues profesor de ambas he sido y, amén de alguna que otra jugarreta de clase y zalamería gaditana, son dos alumnas que siempre lleva uno en la memoria y gusta saludar y abrazar cuando el destino quiere hacernos coincidir.

De nuestro pregonero podríamos decir muchas cosas que, a buen por seguro, casi todos sabéis. Que es periodista y ejerce su profesión en la redacción de deportes del Diario de Cádiz, que ate-

sora en su alforjas distinciones como el Premio Ciudad de Cádiz a la Difusión del Deporte, que se encarga de la actualidad del primer equipo de fútbol de la capital, nuestro querido Cádiz Club de Fútbol, y es un especialista en la cantera futbolística provincial, que ha presentado diferentes eventos, trofeos y competiciones deportivas en Cádiz y su provincia, o incluso –¡fijaos hasta donde le llega la afición!– que perteneció a la directiva del Alcalá Atlético Club de Fútbol (cosas que tiene la vida).

Pero centrémonos en el asunto que nos congrega, porque es un activo cofrade de a pie, que ha ayudado y colaborado en boletines de hermandades, que es un asiduo en mesas redondas, conferencias y ponencias, que ha pregonado y exaltado meditaciones (Puerto Real, Sanidad, Soledad...), ¡ah! y que es el Hermano Mayor de la Soledad y Santo Entierro, hermandad a la que pertenece desde que vestía pantalón corto y jersey de pico.

Pero os pido un favor. Cuando en breves minutos lo veáis asido a este atril, no os quedéis solo con eso, con su curriculum laboral y cofrade. Porque entonces no le entenderíais. Cuando abra las cubiertas, coja su vaso, beba su primer trago, y

pronuncie la primera palabra del texto que es su pregón, pensad que nuestro pregonero es una persona que antes que cofrade es un cristiano devoto confeso de la Madre que trajo al mundo al Hijo de Dios, mariano por los cuatro costados, que es el mismo que en el Stabat Mater al Mayor Dolor supo reflejar y dibujar desnudamente la perfecta simbiosis entre su madre y la Madre que él espera y todos esperamos cuando llegue la hora. Es aquel que cuando descuelga el teléfono, te dice sí antes de escucharte, porque sabe con quién habla y qué le vas a pedir.

Luego ya se buscará la solución al enigma. El mismo que se calza las sandalias del pescador –¡cuánto deberían aprender nuestros predicadores– para recoger regalos en la víspera de Reyes, y luego regalar sonrisas apretadas y contritas por los pasillos de las residencias de Fragela o San Juan de Dios, junto a un siempre fiel Cartero Real. El mismo que se toma un café en San Francisco y quiere que este pregón sea la leche para que no falte este alimento a los que por la mañana la suplican caliente tras una noche de frío e intemperie. Porque el resto somos muy afortunados. El mismo que se enorgullece de sus dos hijas

y la educación en el colegio de Las Carmelitas, nombre que siempre tiene en su boca como colegio modelo y a quien nunca niega su servicio; el mismo que brinda la mejor sonrisa a la mujer que ama y por la que sin duda se batiría en duelo, el mismo que mete el hombro en el palo para que la verdad se sepa y nadie pueda esconderla aunque saberla duela, el mismo que se emociona cuando hay que hablar de la vida, de frente y sin mentiras, y le da miedo, confiesa, que el texto de un pregón le pueda cuando los recuerdos le abriguen y todos aquellos que se fueron un día vuelvan a estar a su vera, el mismo que tuvo la osadía desde el primer día que pregonero le nombraron que fuera el que os habla quien le presentara en las tablas hoy más sagradas que nunca del Gran Teatro Falla.

Por cierto, estoy acabando y caigo en la cuenta de que no les he dicho su nombre, quizás porque es de esos hombres cuyo nombre no hace falta ni nombrar. Fernando Díaz Riol. Con eso ya está todo dicho.

Llega la hora de retirarse. El tiempo apremia. Todos hemos venido a escucharle. Todos le conocisteis cuando le nombraron pregonero. Hoy creo

que le podéis conocer un poquito más, después de lo que de él os he dicho. Quedaros con el verbo que saldrá de su corazón, y con el mensaje que brotará de su alma. Sed conscientes dónde estamos, porque hoy es día para saberlo. Solo faltan siete días para que el sueño se haga de nuevo realidad. Cádiz, prepárate, vístete de gala, que ya no queda nada. Pon tus sentidos en alerta, pon tus ansias donde todo se puede y alcanza. Estamos aquí, en el Gran Teatro Falla. Es la hora del pregón, la hora de la magia que nos llevará a la gloria de nuestras Semana Santa. Oye y escucha. Se acerca. Abre de tu alma las puertas porque entra y es la hora de nuestro pregonero, sí, el de la Semana Santa, el que te hará sentir, vibrar y emocionar. Fernando Díaz Riol se llama. Callémonos, pues es su hora.

¡Querido pregonero, estimado Fernando, solo faltan siete días, aquí tienes a Cádiz, en su Gran Teatro Falla... tuya es ahora la palabra!

**PREGÓN
DE LA SEMANA SANTA
DE CÁDIZ 2024**

a cargo de

Fernando Diaz Riol

A mis padres y hermanos, muy en especial Antonio Jesús, por ser mi ángel protector.

A mi familia y a la familia de mujer, para que la salud y la unión sean nuestros deseos y desafíos de por vida.

A todas las personas que me han ayudado a engrandecer este pregón.

A mi Junta de Gobierno y hermanos de Soledad y Santo Entierro.

A las Cofradías de Sanidad y Prendimiento.

A la Comunidad Parroquial de Santa Cruz.

A los cofrades de la ciudad.

A los voluntarios y voluntarias que son devotos de la solidaridad.

Cádiz, 17 de marzo de 2024

Padre nuestro,
Padre de todos,
que vives junto a todos los que viven en el hambre,
la soledad, la enfermedad o el sufrimiento.

Santificado sea tu Nombre.

Tu nombre es el nombre de los que no tienen
nombre,
de los que son despreciados y excluidos.

Venga a nosotros tu Reino.
El Reino de la justicia,
de la paz, de la libertad y de la verdad.

Hágase tu voluntad,
de que todos seamos iguales
y nadie carezca de lo fundamental:
comida, techo, medicinas,
ropa, educación y trabajo,
en la tierra como en el cielo.

Danos hoy nuestro pan de cada día,
sólo el de hoy, el de mañana ya tú nos lo darás.

Perdona nuestras ofensas,
nuestro pasotismo, indiferencia, violencia, rechazo,
como nosotros perdonamos a los que nos ofenden.

No nos dejes caer en la tentación,
del orgullo del poder, del aprovecharnos de nadie,
del egoísmo de cerrar el corazón al clamor de los
pobres.

Y líbranos del mal,
que es vivir de espaldas a Ti y a los hermanos.

Amén.

Se levanta el paso de este pregón, las luces de este escenario toman el calor de la cera e iluminan el protagonismo de una pasión. Un teatro que respira incienso en ese aroma a Semana Santa, que mira los sueños casi perdidos de aquella última vez. Un día diferente, un día especial, un día para sentir, para recordar, un día muy esperado... Es el día, el de todos y cada uno de nosotros. Es domingo de pregón, domingo de pasión, domingo de embrujo en esos templos que culminan la labor de meses a cargo de las mayordomías.

Domingo de casas de hermandad cerradas en esa tregua pactada para que hoy Cádiz tome este teatro como estación de penitencia queriendo ver en mis palabras la sombra de la primera cruz de guía, la salida de un Misterio, el palio que besa el dintel, esa niña que se funde en su hábito por primera vez o ese niño que se estrena como acólito.

Este teatro desea hoy avanzar ‘A Paso de Horquilla’, como esa flamante publicación que nos regala la Cuaresma, avanzar de frente al mar y a la bendita locura de ser penitente en estos lares, de reconquistar la esquina de esa última vez con la mirada lacrimosa por un manto bajo palio que se alejaba a los sonos celestiales de ‘Cádiz Cofrade’. Este teatro anhela en esta oscuridad, como la despedida de la tarde un Domingo de Ramos, que se enciendan las velas de nuestro particular Adviento porque sabemos lo que anuncia la Palabra de Dios y lo que está por venir en este nuevo tiempo de la conversión.

Este teatro se convierte en nuestro templo de las pasiones, de la espera, del reencuentro, de la fe y el amor, de la devoción en las cuentas de un Rosario, y de la caridad. Incluso en este bendito marco orgullo de gaditanos y visitantes, a poco que se esfuercen y aviven sus oídos sentirán el repique de campanas... Qué más quisiera yo que fueran del templo Castrense, aquí cerquita, como milagro del Santo Ángel –tristemente olvidado como hermandad– para que el aire volviera a entrar por su puerta como Expiración bendita y signo de una Victoria segura. Pero hagan el esfuerzo,

se oyen campanas de gloria que como navíos de nuestra Semana Mayor golpean en las murallas y vuelven a alta mar para regalar en otras tierras toda nuestra creencia en la Pasión, Muerte y Resurrección.

Este teatro es hoy la cofradía de todos, la hermandad de nuestras vidas. Es la elegancia de los siervos de San Lorenzo anunciando en la calle Sagasta que la tan necesaria Paz aguarda en un rincón único de nuestra Puertatierra cofrade. Es el sentimiento joven de un adulto la obediente a lo que marca su Nazareno. Este teatro es hoy la explosión de un Domingo de Ramos que cada año es diferente a cualquier otro. Es la profundidad de un Lunes Santo que ama, que reina, que goza, que prende... Es la expresión histórica de un Martes grande en el centro y en las dos catedrales; un Martes Santo lleno de Salud. Este teatro contiene la emoción del Miércoles Santo; es el día que esos navíos pasionales arriban a la carrera oficial. Este teatro también es hoy Jueves Santo, Nazareno, 'Greñúo', Señor de Cádiz... Jueves de Afligidos, que no es poco, y Jueves de dolor en el Getsemaní de nuestra Tierra Santa gaditana que no encuentra la paz.

Jueves Cautivo y a tiempo Rescatado. Este teatro inmerso en la eterna noche es Perdón, es Madrugá. Es más que nunca un templo de esclavitud cuando el Viernes deja Sed por lo que se acaba y desciende con la respiración contenida desde San Lorenzo como los sueños de un año entero. Viernes Santo, un día que debiera expirar aquí mismo pero que lo hará en el Carmen y que muere en San Agustín.

Silencio obligado por el Mayor Dolor de una Madre que enlutada anuncia el Sábado Santo. Soledad, Santo Entierro... El brillo de la Sagrada Urna decimonónica y los 400 años de su Señor Yacente. El aire de una Madre que más de dos mil años después sabe llorar, sufrir y esperar en Soledad que el Domingo de Resurrección regrese la gloria de las campanas porque nace un nuevo Cádiz. Todo vuelve a empezar cuando, equivocadamente, para muchos se acaba.

Como decía el poeta:

“Algo nuevo se siente,
algo distinto se respira,
la Pasión llega a Cádiz
que en el aire se mira”.

“Es el incienso el que nos trae
aroma de Catedral
que entre sus grietas rezuma
Yacente y Soledad”.

“En la vieja Cádiz
prepararon las fachadas:
limpias, blancas y lustrosas,
con mucho amor encaladas”.

“Las calles parecen templos,
los portales sacristías para
vivir el itinerario de Jesús y de María”.

“De los recónditos atillos
las túnicas se sacaron,
los cíngulos y las capas
en las puertas se colgaron”.

“El olor del alcanfor del
viejo desván bajaba, toda
la casa alcanzó, también
al patio llegaba”.

“Guardan las cestas de mimbre,
metidas en las alacenas y
envueltos entre manteles,
torrijas y magdalenas
que aportan el sabor
de una Buena Nueva”.

“El olor tan penetrante alcanzando celosías
estimula en un instante
hambre a la chiquillería”.

“Del Pópulo a Candelaria y
llegando hasta la Plaza, se
oye en Cádiz lejana en
profunda caricia la maza que
al batir sobre el tambor sube
la rampa catedralicia sobre
los sueños de cargador”.

“Se presiente en el ambiente
cuando llegan estas fechas los
deseos del penitente de
cumplir con sus promesas”.

“Por la noche ya bien tarde
es frecuente en una esquina
una promesa encontrarte,
que lentamente camina con
un rosario en la mano y
sobre los hombros su cruz
que identifica al hermano”.

“Algo nuevo se siente,
algo distinto se respira,
la Pasión llega a
Cádiz que en el aire se mira”.

“Aroma primaveral
que en mi Tacita se respira
y escondo en mi retina,
dando culto a nuestro Señor
y a su Madre Divina”.

Excelentísimo y Reverendísimo Sr. Obispo de la Diócesis.

Excelentísimo Sr. Alcalde de la ciudad de Cádiz.

Dignísimas autoridades religiosas, civiles y militares.

Ilustrísimo Sr. Presidente y Junta Permanente del Consejo Local de Hermandades y Cofradías.

Sr. Delegado Diocesano para las Hermandades.

Dignísimos Hermanos Mayores de las Hermandades Penitenciales y de Gloria de nuestra ciudad.

Ilustres pregoneros de nuestra Semana Santa en anteriores ediciones.

Querido presentador, estimado amigo Juan.

Cofrades. Señoras y Señores.

Amigos todos.

Desde que Juan Carlos Jurado, Ildefonso Herrera y Antonio Gallarín perdieron la cabeza llamándose para que anunciara la Semana Santa, el sí definitivo iba de la mano con un requisito que no podía fallar: mi presentador. Desde el minuto uno, desde el pitido inicial del partido más importante de este cofrade tenía decidido que Juan Mera Gracia asumiera la titularidad en este atril. Daba igual la revisión en la sala VAR, que lo cogiera en fuera de juego o no. Él, mi amigo Juan, tenía la titularidad hoy aquí, y eso no había árbitro que lo cambiara. Juan Mera, educador de mis hijas en su eficiente papel como profesor. Alma mater en la casa Carmelita a la que tanto debemos mi familia y yo. Un líder de masas con la juventud y la caridad. El eterno Cartero Real de nuestros abuelos entregando para ello el espíritu Vedruna “para abrazar las necesidades de los pueblos”.

Él es Juan Mera por la Gracia de Dios y de su segundo apellido. El pregonero, antes amigo, que hoy ha sido mi presentador y al que estaré eternamente agradecido.

Permítanme que en este primer fondo que da el paso de este pregón, retome con esos tres señores que perdieron la cabeza el día que me llama-

ron. El fútbol nos une a Juan Carlos Jurado y a un servidor antes de que diera la risa pensar que un día él iba a estar sentado allí enfrente y yo de pie aquí. Antonio Gallarín se reía la tarde del ofrecimiento del pregón; así sería mi cara. En cuanto a Ildefonso Herrera, no puedo ser objetivo. Inolvidable hermano mayor de Sanidad, su papel en la Permanente del Consejo Local confirma que el relanzamiento de esta cofradía, también mi cofradía, no fue casualidad. Hay personas en este teatro que me lo han oído decir en diversas ocasiones: soy hermano mayor gracias a Ildefonso Herrera porque él me enseñó el camino desde esos valores como persona que le hacen ser un cofrade ejemplar. No esperen que monte un palio o gane el concurso de postres que Sanidad organiza cada Cuaresma –ni falta que le hace–, pero para que ambas cosas sucedan es fundamental gente como él. Creyente ejemplar, caballero en el diálogo y un señor en la cofradía. Gracias a Juan Carlos, Ildefonso y Antonio, y a toda la Junta Permanente por vuestro trabajo: el de rendir culto al esfuerzo para que todas las cofradías podamos funcionar.

MIS VALORES COMO COFRADE

El capataz vuelve a tocar: nos vamos. Ciriales arriba, Genaro, que hoy también es tu día como cabeza visible de esos incansables servidores de Dios.

Hace meses, tras conocerse mi nombramiento, mis colegas de profesión querían saber qué iba a decir hoy. Preguntaban y yo respondía siempre lo mismo: Será el pregón de mis valores, de lo que me acercó a las cofradías. Aprovecho, como no puede ser de otra manera, para lanzar un guiño al gremio, a mis compañeros de profesión en Diario de Cádiz y de tantos otros medios de comunicación a los que agradezco tanto cariño y respeto a mi persona.

No he sido todo en las hermandades; ni capataz ni acólito. Lo demás, casi todo. Pero por encima de todas esas responsabilidades, he llevado y llevo a gala ser cofrade con las manos extendidas. Así me lo enseñaron los Salesianos para ayudar al que más lo necesita, que también es una excelente y reconfortante manera de rezar.

No quiero meter el dedo en una cuestión que alimente un debate equivocado, pero vaya por de-

lante una defensa a ultranza de lo que entiendo que debe ser el primer mandamiento cofrade. Lo siento, me van a perdonar, pero no me hablen de estrenos si el comedor social del barrio de mi cofradía se las ve y se las desea para preparar los almuerzos. No quiero saber de bandas de música punteras si en la nómina de hermanos duermen niños en la mágica noche del 5 de enero con el eterno deseo que espera en sueños un año tras otro. Me niego a bordados y dorados para abrigar la grandeza que queremos para nuestros Titulares cuando en la acera de enfrente el frío se recrudece con la cara más débil de la vida por no tener una manta y un plato de comida. Pelearé y peleo por lo primero con la misma prioridad que lo segundo para que ambas cosas vayan de la mano.

Todo tiene un motivo, y tanto. Salesianos grabó a fuego en mis venas de adolescente la autovía de la solidaridad. Decenas de contenedores se llenaban de ilusión en forma de ropa, material escolar y medicina, entre otras cosas, para cualquier lugar del mundo en el que lo básico es un lujo. Ahí empezó todo.

Para que no decayera mi tendencia a mirar la cara más débil de la vida, mis ojos se iluminaron cuando mi madre se metió hasta el cuello, como hay que hacer las cosas, en Manos Unidas y sus mercadillos para buscar donde no hay. Bendito esfuerzo el de esos hombres y mujeres; horas y horas quitándolo de todo para atender la llamada de la necesidad.

Entonces, qué quieren que les diga. La verdadera grandeza y liderazgo está en servir, no en dominar, a ejemplo de Jesús que vino a servir y no a ser servido. Y se puede y se debe servir desde una cofradía o hermandad.

El paso separa de nuevo. Genaro, ciriales abajo.

Contaba yo con trece años y recibí una beca de estudios de la Caja Postal. Eran los tiempos en los que los bancos daban algo más que los buenos días. Un dinero insignificante para cualquiera, pero un tesoro puro para mí cuando mi madre lo puso en mi mano diciendo: "Esto te lo has ganado tú con tu esfuerzo". Se pueden imaginar mi orgullo por lo que sólo una madre es capaz de hacer, entre tantas cosas buenas que hace la mía. Con ese dinero quedaba el gran objetivo: ir a la calle Santa Lucía, donde allá por 1988 estaba la casa de

hermandad del Santo Entierro. Y ahí, en ese primer año como hermano, empezó este idilio que ha querido traerme hoy hasta aquí.

Pero, permítanme que les cuente algo más de lo que este cofrade guarda en su corazón de nuestras hermandades y cofradías y nuestra Semana Santa. Me reconozco muy enamorado de sentimientos, momentos, tradiciones y sensaciones, y siempre llevo a gala que en el corazón de un cofrade caben muchas devociones. Que les quiero decir con esto, que, de una rama del árbol de la familia de mi madre, la mayor de sus hermanas, mi tía María del Carmen, viene la heredada pasión sanitaria de Santa Cruz. La fe y la devoción a Jesús del Mayor Dolor y María Santísima de la Salud. Allí, entre mi gente buena de Sanidad, también está mi sitio.

Era yo un niño, con abono de silla en la Plaza de Candelaria, y recuerdo a mi tía enlutada en la penitencia del primero de los pasos de esta hermandad. Yo, con siete u ocho años, preguntaba inocente a mi madre. ¿Y por qué sale la tata tan tarde de madrugada y tantas horas con lo mayor que está? La verdad es que no era tan mayor, pero cuando yo apenas superaba el metro de altura todo se sobredimensionaba más, hasta la edad.

La respuesta de mi madre, habilidosa como son todas las madres: "Las cosas de la vida, hijo". Fue suficiente ser un adulto para entender años después aquellas palabras. Y es que por un hijo o una hija se hace lo que sea necesario. Vaya desde aquí mi reconocimiento a esas personas caminantes tras un Cristo o una Virgen porque en muchas ocasiones lo hacen por los demás antes que, por ellas, y eso, además de fe, se llama solidaridad.

Dan el primero, nos vamos otra vez. Genaro, ciliales arriba rumbo al Mentidero.

Les decía que en el corazón de este cofrade caben muchos sentimientos. Les voy a contar que un día, acabando el verano de 1995, mi vicehermano mayor actual pero antes amigo y hermano de devoción, David López, me llamó para una de esas cosas que al principio a uno le llena de dudas pero que aceptas sin saber realmente qué es. Yo, que agradezco que me llamen para un café a cualquier hora del día, tuve esta vez el encuentro en un local de la calle Benjumeda en el que no había café ni rastro que se le pareciera. Allí llegué junto a David y estaban un montón de personas, muchas de ellas en filas pegadas unas a otras. Mi primera reflexión: ¿Están reclutando

gente para la guerra? Los más altos delante, los más pequeños detrás... "Será porque los grandes aguantan mejor los embistes del enemigo", pensaba yo echándole algo de lógica al tema y sin ver el café por ningún lado. Pues en parte acerté y en parte no. Mi amigo David me llevaba a la guerra, pero no la de las trincheras. Me llevaba a la guerra de ser cargador del paso de misterio del Prendimiento. Aquel antiguo paso dorado, tallado, de seis patas y más maderas que la carpintería de los Hermanos Bares, que se compró a una hermandad de San Fernando. Aquel paso, señoras y señores, era ir a la guerra el Lunes Santo. Madre mía del Patrocinio lo que pesaba aquel paso.

Lo que les decía. Me llamó David y ni café ni nada. A cargar se ha dicho. Además, las cosas de tener veinte años y no necesitar 'anestesia' para nada. Me dijo David: "Quillo, que te he traído aquí porque necesitan gente para cargar el Prendimiento". Cuando yo escucho eso delante de setentaitantos tíos como trinquetes, respondo: "Llámame también cuando organices una barbacoa o, aunque sea para un café". Yo erre que erre con el café.

Total, que allí me puse en la fila para tallar y quedó todo cerrado. ¡Ojo al dato! Estas fueron las

indicaciones del capataz: *“Tú vas el séptimo del palo del centro derecho. Cuidado que llevas arriba la cruceta donde hay unos tornillos puñeteros que si no te acuerdas en algún momento del recorrido te puedes golpear y te pueden abrir la cabeza. Y si en alguna tira pasas al palo lateral, máxima precaución con la pata del centro porque no es habitual que haya seis patas en un paso y te puede aplastar un pie cuando demos fondo. Igualmente, en ese lateral la cara interior del respiradero está mírame y no me toques, por lo que al salir y entrar en el paso para el relevo puedes quedártelo en la mano si lo sujetas con fuerza. Dame tu número de teléfono, de DNI, talla de camiseta, pantalón y calzado...”*

Todo eso me dijo el capataz. Y yo volvía al origen de mi llegada a aquel local de la calle Benjumbeda. “Esto es la guerra, hasta me van a dar ropa para la batalla. No sé si voy a cargar o de maniobra”.

Los ensayos no mostraron ni en un porcentaje cercano lo que nos esperaba aquel Lunes Santo. Se ensayaba sin faldones ni respiraderos, con mucha charla, sin nervios y con un café previo... Todo de diez. Vamos al Lunes Santo. Iglesia del Carmen, camiseta blanca, pantalón y calzado negro. Otra vez todos en filas. Últimas indicaciones del

capataz y.. “señores, nos vamos al paso”. Cuando da el primero y pide que se levante al hombro, y así lo hacemos, todo se derrumba en mi apreciación de lo que iba a experimentar. “No veas lo que pesa el paso”, reflexioné en silencio convencido que mis 63 compañeros de aventura pensaban lo mismo. Una locura.

La realidad, y ahora más en serio, es que aprendí a sufrir llevando a mi Rey del Mentidero porque tras aquel Lunes Santo le siguieron otros quince y le hubiera seguido toda una vida prendido por su rostro, el de mi Jesús del Prendimiento. Ojalá hubiera podido. Daba igual el peso y el dolor si era Él, mi Señor, el orgullo, mi guerra iniciada en aquella calle Benjumedá, el sentido de saber de verdad lo que es un Lunes Santo, el convencimiento de que era el sitio, el lugar donde quería que estuviera mi Prendimiento.

Quince años y dieciséis Semanas Santas, tan lejos ya y tan cerca cuando el corazón se enva-lentona y da un vuelco como una levanta al verlo salir del Carmen. Va en otro paso, con otros cargadores, pero por encima de todo y de todos está Él. El que un día me enamoró de dolor mientras le rezaba para que no me faltaran las fuerzas. Al

que puse en sus manos los embarazos de mi mujer y el nacimiento de mis hijas.

Me dejaste prendido Señor, me tienes prendido y sin tenerte ya en mi hombro sigo a ti rendido. Porque sólo los que llevaron tu cruz del madero en la tierra del Carmelo entienden lo que significa esto. Sólo los que lloramos subiendo Novena por la inoportuna lluvia o mojamos el adoquinado con nuestras lágrimas al pasar ante tu capilla, con ese canto que es una bendición de Dios, sabemos qué sucede durante ocho largas horas en las que la luz la pones Tú en ese pozo de oscuridad devocional.

Un llanto lleno de sentimiento por un barrio huérfano, un rincón que ha perdido la sonrisa y en el que luce menos el sol y brilla más una estrella. Unas calles sin su eterno cartero, sin su ir y venir, sus bromas, sus preguntas, su presencia de eterno niño e inocencia. Se fue Paquito para compartir de cerca la mirada de su Cristo del Prendimiento y la dulzura de su Madre Patrocinio. Se fue el primero de los vecinos, al que no podemos olvidar. Desde aquí, mi respeto al niño con corazón de hombre y al hombre con corazón de niño. Mi agradecimiento eterno por lo que dejó desde esa vertiente de sonrisa a la vida impulsada por

las olas mágicas de la felicidad en la Alameda, justo enfrente de las puertas a través de las cuales no le veremos pasar este Lunes Santo porque quiso Dios que cruzara las puertas del cielo.

Paquito, a tu memoria las palabras de este pregonero y el aplauso más sentido desde este teatro, hoy hecho templo, en la cuna del Mentidero.

Es el Mentidero mi lecho de amor, el lugar donde quiso la vida que encontrara a una muchacha de ojos que hablan y de corazón que calla para guardar todo lo bueno que desprende. Quiso la vida que se unieran nuestras manos siendo ella y yo hermanos de la misma cofradía. Del Santo Entierro. Nada es casualidad. Quiso la vida que ante los ojos de Dios el sí quiero fuera en el templo de este barrio. Quiso la vida que fuera un 17 de julio, con la Virgen del Carmen en su palio, y las flores y la cera aun regalando aromas de un día inolvidable. Quiso la vida que fueras tú, Yolanda, la niña de mis ojos que arrancarás junto a mí el camino a recorrer. Justo dentro de cuatro meses serán 25 años de aquel día en el que la Reina del Carmelo nos dios su bendición y en el que tu padre, ahora orgulloso desde donde te cuida, me dio tu mano para toda la vida.

Gracias Yoli por estar, gracias por compartir devoción con inicio en El Carmen y final en Santa Cruz, gracias por abrir la puerta para no hacerme dudar en dar hoy este pregón, gracias por tu admirable entrega y sacrificio, gracias por compartir conmigo el don de la generosidad. Y gracias por esos dos tesoros, nuestro orgullo más grande, Esperanza de Triana y Paula, nuestras hijas. Paula como artista de su propia vida. Esperanza, como superación cronometrada. Ambas con lo mejor de su madre, la niña de mis ojos.

El paso de este pregón se levanta. Arriba esos ciriales, Genaro. Observa como la cruz de guía se dirige a Santa Cruz, el epicentro de mi luz.

Sanidad, Medinaceli, Las Aguas, El Perdón y Soledad. Para qué más si tenemos en un templo lo que supone una Semana Santa entera en muchos lugares de España. Cinco cofradías dentro de un mismo corazón, cinco hermandades recibiendo por doquier oraciones, peticiones y agradecimientos en esos viernes durante el año en los que pocas iglesias pueden presumir de piedad popular. Sin duda, el Señor Cautivo y Rescatado es la meta antes de pasar por las diferentes eta-

pas que representan los Titulares de las cofradías que allí radican.

Los achaques siempre tienen la mirada condescendiente de la Virgen de la Salud, unos escalones para sobrellevar el Mayor Dolor de unos pies doloridos antes de pedir que se aparte el cáliz de la enfermedad. No lo olviden: es la Divina Enfermera, la advocación de los ricos de espíritu. Es Salud, para qué más, si esas cinco letras llenan una vida entera.

Son muy pocos metros a recorrer en los que el Rosario es todo un estímulo espiritual en tantas vidas de Calvario. “Padre, perdónales porque no saben lo que hacen. Padre, en la altura de la Santa Cruz, atiende mi súplica Tú que lo ves y lo puedes todo”.

Muy próximos a la historia gótica de Santa Cruz donde la Virgen de Fátima me conquistó hace unos años, hay un brillo distinto. La Sagrada Urna del Santo Entierro. El Yacente, Cristo Muerto, el sueño eterno... Cientos de personas se detienen a contemplar por lo que vamos a pasar todos. Pero lo hacen con el celo de cuidar y mimar el momento. Que no está muerto, mi Señor sólo duerme y aguarda la mayor grandeza de la resurrección

ante la Soledad de una Madre. Ella, los ojos que han visto casi cuatro siglos y medio en la ciudad. La consejera de tantos mayores que se acercan por el lógico miedo a estar solos. La Madre que fue de los gaditanos como Patrona. La que sopor-ta a su espalda el peso de lo que significó la cruz, ahora vacía pero llena de injusticia, rabia y dolor. Ella seguirá ahí en su camarín, velando y protegiendo a su Hijo como la primera de las primeras. Eres Dolorosa, eres Madre y, si Dios quiere Sole-dad, serás Reina Coronada.

Se acaban las etapas de esa religiosidad popu-lar que todos los viernes efectúa el mismo reco-rrido en Santa Cruz. Ya tenemos aquí a Las Aguas, la Luz y el Agua como le gusta decir a la gente. Vaya Crucificado maravilla de Buiza, vaya Cristo que sobrecoge mientras escoltan de amor ese al-tar con la mirada al cielo la Luz de una Madre y el discípulo amado. Las Aguas, la última en llegar, y en estos tiempos la primera necesidad.

Y se acaban esas etapas de las que les hablé. La meta es ante Medinaceli. No hay más que decir. Con ese mar a su espalda que es oleaje de devo-ciones en sus pies, de llantos, de desesperación, de amargura, de alegría, de pena, del hijo que

pide y la abuela que recibe. Cautivo por la gracia de Dios y Rescatado a tiempo –hermanos de Medinaceli, no estamos para más sustos–, decía que Rescatado a tiempo para que en la noche del Jueves Santo se repita esa respiración que entrecorta las horquillas de la cuadrilla de Don José Luis Pájaro, capataz de capataces.

No me negarán que pasa por cualquier calle el Señor en su altar de plata y todos buscamos su mirada imposible que tan cerca sentimos cualquier viernes en Santa Cruz, donde la ruta del fervor acaba ante ti, Virgen de la Trinidad. No sé cuándo, pero mi compromiso hasta la eternidad.

En ese templo que siento como mi casa y que tiene como pastor al Padre Rafael Fernández Aguilar, hablar de todas las patas de la comunidad es hacerlo de Jesús y Carmen al frente de los Catecumenales, siempre serviciales. De las catequistas. De Antonio y Manu. De Luis Ignacio, Beñoña y su equipo de Cáritas al que tantos años estuve unido en esas acogidas con posibles soluciones en la cabeza, muchos papeles en la mesa y el Evangelio en el corazón. Se dan cuenta, otra vez la caridad como orilla en la que acaba o empieza el mar de mi vida.

SEMANA MAYOR

Han dado el primero. La carrera oficial de la Semana Santa de Cádiz nos espera. Genaro, ciriales arriba.

San Lorenzo golpea el corazón por primera vez de las cuatro que nos regalan los días grandes. Siervos de una causa única, Dolores por la gracia de Dios. La Madre de las madres, reina y coronada.

La hermosura intacta en el tiempo, más propia y apropiada. La devoción profunda y entregada, la fidelidad día y noche custodiada.

De San Lorenzo a Santa María con estación en la Merced, la segunda. Hijos de una archicofradía, padres de una sección, una fuente de ilusión que parió entre lágrimas hace un año de tantas personas el esfuerzo y el tesón. Sí, se puede, enarbolaron los mercedarios. Y se pudo, tanto que se pudo y se podrá otra vez porque la Obediencia sólo tiene un camino: juntos como hermanos, aparcando diferencias cuando los ojos del Señor sostienen el dolor y la espera más dulce que ahora nos trae la Madre de Dios de la Misericordia.

Genaro, un receso y nos vamos a San José.

La casa de la Paz, Real y Triunfal, donde las palmas son bandera todo el año, donde la historia vuelve a contarnos que hay un milagro cada Domingo de Ramos cuando la Borriquita asoma recordando a Bartús, uno de los grandes que nos mostró el camino hasta la Jerusalén gaditana.

Virgen del Amparo. Sin llanto, pero con el dolor de una Madre que todo lo sabe. Sin lágrimas, pero con la pena mirando a una tierra que definitivamente verá caer al Nazareno. La guapa de Cádiz, que no se olvide nadie, como debe ser, antes en el Carmen y ahora en San José.

SENTIMIENTO SALESIANO

Que cerquita aglutino tanto sentimiento, sentimiento Salesiano. El colegio, los amigos, infinidad de partidos en ese pabellón que el Domingo de Ramos es de los cofrades del Despojado la rebelión de una nueva pasión; del que asoma, el que quiere, el que enseña como ir y volver hasta la gloria. Donde la distancia la marcan las personas, no los metros recorridos. Donde suena el do-re más puro para que navegue la devoción al alza por el Amor de Cristo.

Descubierto, valiente y pujante como una cofradía que cree en lo que hace y como se hace, y que abre sus manos a la espera de la Concepción de una Madre como bien enseña el sello Salesiano. El del colegio, el de los amigos, el de los partidos y el 24 de mayo con su Reina y sus santos entregando tanto y tanto. María Auxiliadora, Madre y protectora, el principio de todo en la eterna espera de ese Crucificado de la Penitencia que en la historia queda.

Como aquel niño que cada 24 de mayo esperaba a tus plantas, te pido que no cese el entusiasmo de los enamorados de su Despojado del

alma, y que armes de fuerza el sueño alocado de un colegio que un día dijo: "Nos vamos de frente". Ni doble paso ni de costado a costado. De frente y con la cabeza alta para oír horquillas de extramuros que vienen anunciando al mundo que llega Jesús, el del Amor, Despojado en nuestras manos, con su dolor más hermoso y cautivador, con su juventud de blanco sujeta al esparto, desde la casa de los salesianos.

San Lorenzo llama de nuevo. La calle Sagasta es un hervidero. Jesús de las Penas, sólo o con misterio, vaya maravilla que tuvo que pedir el inolvidable Álvarez Duarte al cielo. Y su Madre Caridad. Pero, ¿puede haber advocación más profunda? Caridad, Tú que representas la mano que no se muestra y que lleva tanta ayuda espiritual y material. Tú que tienes por nombre la necesidad que toca el timbre de tantos hogares gaditanos.

Presumo de ti por todo eso. No hay rincón que haga olvidar cuando la tarde del Domingo de Ramos se apaga, la figura de tu devoto más ilustre para mí; padre de un buen amigo, tan amigo como fue él, tan cercano en Sagasta, en Salesiano o en Triana. Don Francisco Márquez, cuánto disfrutarías hoy aquí como hago yo cada vez que recuer-

do esos Viernes que de Dolores no tenían nada cuando reinaba la pasión por lo que nos unió. Cargo con dolor la pena de tu ausencia y con orgullo la caridad de tu generosa amistad.

Santo Domingo y La Cena bajo el cielo de una Patrona como Madre eterna. No sería Domingo de Ramos si el milagro eucarístico no acudiera a su cita. La cofradía en la que empezó en solitario mi hermano Álvaro, en la que bebió el cáliz máspreciado como un acólito demasiado unido a la inclemencia del cielo. Y es que le llovió hasta un fin de semana de Corpus. Grabado tenemos él y yo aquellos primeros años de la transformación del paso y el Misterio que pariera Luis González Rey. De esa calle Sopranis de recogida en la que mi hermano no se iba hasta que Pascual Saturio cerraba las puertas y a sus sueños de Domingo de Ramos daba rienda suelta con la Reina de todos los Santos en esperanzadores deseos envuelta.

La carrera oficial actual nace casi donde lo hace este día con Humildad y Paciencia la Cofradía de los Vizcaínos. Vaya sello como epílogo al Domingo de Ramos. Él, Ella y todo desde la Cruz de Guía hasta el último músico. Es una hermandad que se saborea como lo hacen con sus alimentos tantos

sin techos para curar toda una vida de Amargura. Si da gusto recrearse en su patrimonio, más me llena saber lo que hay detrás de una hermandad con las ideas tan claras y los corazones tan generosos.

Genaro, ciriales bien altos, y que esos incensarios se llenen sólo de carbón, que el incienso viene de La Caleta.

Es Lunes Santo. Es el día. Si la Viña tuviera otra onomástica tendría que ser ese día; cuando el sol se acomoda sobre el balneario para que su luz alcance esa coqueta puerta del templo viñero.

Si la Viña tuviera otro día de fiesta marcado en rojo en el calendario sería ese día. Qué difícil es comprender ese fervor, más nuestro imposible. Qué difícil es no entender lo que significa La Palma y la Viña un Lunes Santo. Qué difícil es que una gran hermandad salga de una iglesia tan pequeña, como el pesebre en el que empezó todo hace más de dos mil años; vaya milagro.

El rey de la Misericordia puede presumir de reinas; la que le acompaña entre Penas junto al azul del mar caletero que ese día es su palio comopreciado cielo; y la que aguarda en casa viendo todo y a todos. Madre de los viñeros, la del 1 de

noviembre pero que goza del cariño de sus hijos todo un año entero. Que grande poner en la calle a un barrio ataviado con el hábito de la hermandad. El mismo barrio que se vuelca con toneladas de alimentos para que no haya un vecino sin comer porque con esos gestos el corazón está lleno de Misericordia.

San Francisco, punto y seguido: el Amor y el 'emperador dormido'. Que contraste único: del blanco al negro, del madero Nazareno a la Vera Cruz, de la Esperanza a la Soledad, del pellizco de centro con señales de barrio entusiasta, al silencio más elegante acunado.

Qué me gusta Dios mío cuando siento el día y la noche en apenas dos horas y sin reproches; que aquí cabemos todos cuando se trata de venerar devociones descendiendo bajo el sol por San Francisco y en las petalás desde los balcones; o de vuelta por San Pedro, Sagasta o el Tinte de mis amores, con la luna iluminando ese Lunes que se apaga siglo a siglo con los mismos temores del gran día que se acaba dejando junto a la Alameda ese interminable aroma a flores.

PRENDIDO DE AMOR Y DEVOCIÓN

Mi Señor, que no me olvido. Querido amigo, hoy te siento junto a tu Cristo prendido. Demasiado pronto besaste la muerte que te llevó a su lado y me dejó incomprendido.

No olvido... Y se me escapa la fuerza en lágrimas bajo el olivo del dolor, pues no hay en el cielo más grande corazón. Amigo del alma, compañero Paco Sanz, mi querido cargador. Ayúdame hoy a tener la voz firme, unos instantes, los suficientes para poder ensalzarte, avezado fotógrafo, un cargador sufrido, un devoto prendido que nos dejó a las puertas del Carmen la instantánea más triste para llevarse la mejor de las imágenes al huerto de los elegidos. Gracias, Paco Sanz; gracias amigo.

Mi Cristo, mi Prendimiento que no me olvido. Que fueron 15 años casi sin querer y queriendo tener el crujido de tus maderas en mi hombro dolorido; sentir tus ojos primavera clavados en los míos, ya abatidos cuando de regreso a la casa carmelitana te prometía volver en esas despedidas eternas, prendido de un amor escogido que Tú guardaste para mí en lo más profundo de un

sentimiento que me regalaste siendo más hombre que niño.

Y ese niño hecho hoy hombre, ese antiguo cargador que guarda la faja en el cajón y un sueño en el corazón, te pide perdón por no poder seguir suavizando la traición entre mecidos de “mi Cristo que va prendió”, como dice la canción.

Mi Señor, que no me olvido, que no me puedo olvidar cuando mis hijas vieron tu luz en este mundo cuando aún era tu privilegiado cirineo y cada Lunes Santo notaba en mi interior tu llamada como el tintineo, como ese martillo del capataz para elevarte a los cielos de la ciudad como merece su divina majestad.

“Va prendido, mi Cristo va prendido
entre ramas de olivos y azahar.
Va prendido, mi Cristo va prendido el
Lunes Santo por la madrugada”.

Dime que miran tus ojos,
que te miro y me desvelo,
dime que tiene tu mirada,
dímelo tú, prisionero.

Sujetar tus manos quisiera
bajo la luna de tu Mentidero,
y obtener tu misericordia
sintiendo tu perdón marinero.

Dime que esconde ese rostro,
que rebosa poesía y humildad,
cuajado de Patrocinio y lealtad,
luz para mi mar de ansiedad.

Dime que miran tus ojos,
repletos de aterradora tristeza,
y ese gesto de clara nobleza que
aflora en Ti como fortaleza.

Quiero morir cautivo de tu perdón,
bajo tu palo como madero fundido,
que en tus manos estoy rendido
y en tu mirada quiero ir prendido.

Sujetar tus manos quisiera
bajo el olivo de tu cielo,
y saber lo que miran tus ojos,
sintiendo tu perdón,
mi Cristo, mi Señor,
mi Prendimiento prisionero.

MARTES DE SANIDAD

Se abre el Martes Santo. Genaro, ciriales arriba y no pierdas de vista a nuestra abuela del Pópulo, esa que llaman Vieja por ser la primera.

Un Martes Santo de cinco hermandades, cinco sueños de noches en el Parque, en San Antonio, San Pablo, Santiago, Santa Cruz... Noches por recuperar para la Cofradía de Jesús Caído, posiblemente en la antesala del adiós a su estancia en la que fuera la casa de los franciscanos. Su capilla espera que desespere a los que añoramos esa vuelta entre flores y el cariño de una ciudad. Ha pasado ya mucho tiempo y Cádiz ha perdido tradiciones muy arraigadas como para seguir desangrando viejas costumbres. Entre aromas de Genovés y mirada estudiantil, todos añoramos lo que siempre fue y que anhelamos revivir.

Para pasiones, la del Martes en Santiago; Piedad y Lágrimas a la funerala de devociones nacionales y militares conservando lo más profundo de una corporación uniformada por dentro y por fuera. Es un desfile en todo el sentido de la palabra; un orgullo para los que empezamos a lucir canas por la retrospectiva de la vida misma al ce-

rrar los ojos y ver desde décadas atrás lo que sólo es capaz de hacer en su culto interno y externo la Piedad.

En ese salto único del Martes Santo, Genaro y el resto de acólitos se detienen al principio o final de la calle de los mil nombres que hoy denominan Ancha. Como ancha es la historia de Ecce-Homo y su restaurada Madre de las Angustias. No entenderíamos la Semana Santa sin esta cofradía, sus romanos y sus vivencias, sus tesoros y sus milagrosas salidas por una puerta que estrecha los corazones de los capataces, que bien sabe Melchor Mateo, cuando los sentimientos están a flor de piel por lo que supone una muy difícil maniobra en una tarde de reencuentros y deseos.

Hay otro milagro el Martes Santo, cuando Ecce-Homo y Columna se dan la mano. Otro sentimiento de centro, antiguo e histórico. Cuánto paralelismo en la historia de nuestra ciudad con estas dos corporaciones que unen generaciones como las manos de las Dolorosas de sus devociones.

Lluvia de expresiones entre admiraciones al ver al 'aguaor', obra de Pimentel y rezo desesperado para que se cubra el cielo con Lágrimas de capirotos morados y quede encapotado de peti-

ciones ante esta alarmante sequía. Jaime, mueve al Señor dos o tres veces cada día, pero después de cerrar la puerta con el Resucitado ya de 'recogía'.

El martes cambió hace casi una década y media –cómo pasa el tiempo–, con la llegada de una cofradía que como José y María buscaba un lugar donde casi empezar de nuevo. Sanidad tocaba la puerta prometiendo Salud, que no es poco, derramando túnicas y capirotos negros con los cirios al cuadril, con capilla musical en el primero de los pasos y un entusiasmo sin fin.

Sanidad dejaba atrás la noche para conocer la tarde; cambiaba la luna por el sol; medio silencio por medio bullicio... pero siempre con la idea clara de que somos Sanidad: Mayor Dolor y Salud. Da igual por la mañana, por la tarde o por la noche cuando se llama a la puerta de los geriátricos para encontrar la complicidad en forma de sonrisa de los abuelos y abuelas que en la mirada te dicen cómo fue su vida.

Da igual por la mañana, por la tarde o por la noche cuando la mirada del Señor es la dulzura nazarena que hace llevadero el Mayor Dolor. Y cuando la Divina Enfermera reposa en los cora-

zones enfermos en las camas de un hospital repartiendo Salud como hacen sus hermanos con la ropa, los juguetes y los alimentos.

¿Por qué lloras, Salud?
Reina de gloria futura,
Martes de atardecida.
Tú que estás de Gracia llena,
caminas buscando a San Juan,
y a María Magdalena.

De la mañana eres el sol,
de la noche las estrellas,
Virgen buena de la Salud,
que llorando vas de pena,
porque al Hijo de tus entrañas,
lo cargan con la cruz,
lo han coronado de espinas
y al calvario ya lo llevan.

Tu figura es serena,
con un manto celestial,
sobre tu piel rosa morena
te envuelve al caminar.

Bendita eres tú,
escogida por Dios,
eres la Madre del Cielo,
la Reina de los corazones,
el anhelo llamado Salud.
San Juan no la dejes sola,
y tú también Magdalena,
sé la mujer Verónica,
que a Dios su rostro sereno.

Eres madre y protectora,
madre llena de gracia y virtud,
tu amor maternal nos alimenta,
eres el lazo que une nuestra gratitud.

En cada Ave María,
imploramos tu intercesión divina,
para alcanzar la paz y la alegría
en ese Pópulo que agoniza en melodías.

Déjame que yo te siga,
déjame que yo te quiera,
déjame secar tus lágrimas,
déjame quitar tu pena,

Divina Enfermera, en una
eterna Cuaresma
que siempre abres Tú, princesa
de la primavera, a tus pies,
Virgen de la Salud.

Cruzamos el ecuador, Genaro, vamos a redoblar fuerzas para alzar esos ciriales, que llegan los barcos de nuestra Semana Santa para traer la salvación en sacos con abrigos y mantas.

Apenas es necesario alejarse de Santa Cruz y Santa María para sentir los vientos marianistas, mercedarios y dominicos. Con el azul del mar como penitencia en el Campo del Sur, el revoloteo de las capas azules amplía la inmensidad del Crucificado de las Aguas sobre el oceano gaditano. La Luz de una hermandad que precisa relanzar su potencial, que lo tiene y mucho, para que navegue a favor de los mejores vientos que vino a buscar a la Catedral Vieja, donde San Juan debe seguir evangelizando. El discípulo amado, sus jóvenes cargadores, podrían ser un acicate para acercar al hermano desde la solidaridad.

No queda muy lejos el mar cuando los bravíos cofrades de Sentencia nos dan la enésima lección:

sacar una procesión repleta de hermanos debajo del capirote y del palo que levanta al cielo tanto compromiso y devoción. Ya lo cuenta Marcos en su evangelio: “Jesús vio una gran muchedumbre y se compadeció de ella”. Esa muchedumbre de Sentencia lleva años alimentándose del milagro de los panes y los peces, y ha sabido corresponder con el mismo gesto: compadecerse del que más lo necesita. Es su Buen Fin, la solidaridad. Es el ejemplo de lo que les hablaba al principio: estrenar, restaurar y enriquecer en la medida que se estrena ilusión por ayudar, se restaura compromiso y se enriquece la caridad.

Un barrio, Santa María, con muchos corazones, y uno de ellos es para las Cigarreras por la gracia de Dios. Ahí es nada, chiquillo, si ante la antigua fábrica se forma el bullicio de otros años cuando su Cristo, el de la Salud, y su Virgen, la de la Esperanza, se detienen y el imparable reloj del tiempo vuelve atrás para que resuenen saetas, besos y promesas de esos resilientes antiguos trabajadores.

No hay palacio ni congreso que tumbe lo que aquello fue mientras cada Miércoles Santo al menos una cigarrera espere con flores en las manos

y su oración al canto al que sentando les dio tanto con la Esperanza de una Madre que nunca abandona.

Vamos a bajar los ciriales, Genaro, pero solo un poco porque el cortejo del Miércoles no se detiene.

Bajamos un poco para superar pequeñas puertas para que salga la grandeza más absoluta de Nuestra Señora de las Angustias. Que pequeño parece todo y que grande es después. La hermandad de mi barrio, como dice aquella sevillana cantada en noches de Veladas. Esa hermandad de mi barrio es el Caminito. En esa puertecita de la calle Isabel la Católica, abierta durante el año y a la que asomo mi mirada que busca una oración, ahí se cuece una devoción que hay que entender. Un cariño especial, unos cantos ante las Hermandades Franciscanas del Rebaño de María, unas horquillas que nacen y mueren en el barrio de San Carlos, fachada de nuestra Bahía.

Una solidaridad enorme en una capillita tan pequeña en la que caben los corazones de las cuatro cofradías del Miércoles Santo para entregar, en una unión ejemplar, una ayuda al que más lo necesita.

Se dan cuenta, otra vez mi itinerario da fondo en la caridad. No puede ser de otra manera.

Genaro, ciriales arriba que cruzamos la frontera de lo imposible.

Tres jueves hay en el año que relucen más que el sol: Jueves Santo, Corpus Christi y el Día de la Ascensión. En Cádiz, no es verdad. En estos lares nos hemos quedado sin el Corpus en jueves hace ya muchos años, aunque lo celebramos en domingo. Y aún peor, hay un rincón de la ciudad que ni jueves ni domingo ni nada. Nuestro particular Getsemaní se ha llevado casi dos años en una permanente sombra sin entendimiento y con la cuenta atrás agotando el calendario.

Cuando el lado oscuro se hace fuerte en el corazón, no hay posible Oración que ablande los peores sentimientos. Si la Palabra no es el cauce para que dos partes se entiendan cuando ambas deben ser un ejemplo en el diálogo, hay una asignatura pendiente muy importante en la formación... de laicos y sacerdotes. La formación como personas.

Cuando una cofradía más que asentada en una comunidad parroquial, San Severiano, a la que llegó en 1959, entra en esta espiral casi de la noche a la mañana sin que nadie detenga la hemo-

rragia, saco dos conclusiones: Por un lado, nada se puede manejar al antojo o capricho de las personas. Y por otro, en ocasiones qué poco peso tienen las cofradías en esta ciudad.

Por segundo Jueves Santo, en San Severiano no brillará de forma especial el sol. Por segundo Jueves Santo habrá llanto y dolor. Por segundo Jueves Santo sólo hay un perdedor. La cofradía se va porque la han empujado a esa decisión. Pero que nadie olvide que, como asociación de fieles con más de 60 años de historia, permanece viva la corporación que lideró mucho tiempo en solitario venir de extramuros, la que creció donde no existía tradición y la que abrió paso a cofrades como yo.

Cambiará el lugar, pero no la esencia porque la Cofradía de Oración en el Huerto regresará con más fuerza, con su Gracia y con la Esperanza de que no vuelva a suceder un episodio que no está a la altura de una Semana Santa declarada de Interés Turístico Nacional. Que nadie lo olvide: la cofradía permanece, las personas pasan. Y el Huerto renacerá en una nueva casa.

Tengo el honor de pregonar el año en el que Afligidos presidió el Vía Crucis. Inmenso orgullo

para un servidor. Pocas ciudades pueden presumir de la hermandad que tenemos en San Lorenzo. Uno de los magníficos Misterios; yo me atrevería a decir que es el gran Misterio de la Semana Santa gaditana. La cofradía de mi querida Ana Sánchez Hormigo.

SANTA MARÍA

Genaro, esos ciriales muy arriba.

Y de contrastes vive esta jornada del Jueves Santo que un día después de ese miércoles maravilloso, nos devuelve a Santa María. El barrio de la familia de los Ortega, Fernando Gómez y la señora Gabriela, padres de los célebres toreros Fernando, Rafael y Joselito 'Los Gallos', y tíos de uno de los más célebres cantaores de flamenco como fue Manuel Ortega 'Manolo Caracol'.

Todo ello sin olvidar a ese gran número de artistas del cante y del baile flamenco como Antonia Gilabert 'La Perla de Cádiz', Aurelio Sellé, Juan Ramírez 'Chano Lobato', Enrique el Mellizo, Francisco Díaz 'Macandé', 'Paco de Oro' y su hija 'Pepa de Oro', José Vargas 'Cascarilla', Enrique y Luisa Butrón o el no menos célebre matador de toros Francisco de Paula Jimenez 'Rebujina', patriarca de la saga de los 'Rebujina'.

Es el barrio, señoras y señores, que todo el mundo no lo entiende. Que es Jesús Nazareno y su Madre Dolores. Que es un Jueves Santo que empieza el martes con las sillas atadas en Jabonería y acaba la tarde-noche del viernes recordando

tan memorable recogía. Que no, que no se paren a entenderlo que esto no va sólo de Semana Santa; esto es el 'Greñúo', el Señor de Cádiz, la pasión desbordada, la guitarra que llora, la saeta que no acaba.

Esto es mucho más que una marcha, una levantá o una vuelta de esquina. Es Jesús, el que se acercó a los más débiles ante la mirada de su Madre, el de los milagros de los panes y los peces por Teniente Andújar, Botica o Mirador. Es el rey de payos y gitanos que ese día rezan cantando y cantan llorando porque se llevan lejos de su barrio a su Señor.

Que lo decía Pascual González:

“¡Ay! Jesús, Tú eres el rey.
Tú eres rey de los gitanos,
y de los payos del mundo
que a tu lado caminamos...”

“¡Ay! Jesús, Tú eres mi cante
que es la danza de mi pueblo,
correcaminos, mi niño,
bajo el cielo de tu reino”.

Es el Nazareno de la caridad que sostiene en su cruz de carey bolsas con ropa y comida, promesas de trabajo para los jóvenes, una oración como refugio de esperanza a una vida alejada de la maldita droga.

Él baja por Santa María y Jabonería sin detener la mirada, pero sabiendo a quien tender la mano por medio de la Magdalena bendita. *“Niña, dale a todos lo que te pidan, que en unas pocas de horas estoy de vuelta y quiero ver a los míos esperando a mi Madre, la de los Dolores infinitos en ese palio que de Santa María es el cielo y que vienen paseando por la calle entre el delirio, el llanto y el desvelo, en una noche que oscurece y en un día que amanece con un barrio que sueña con un horizonte nuevo”*.

El ‘Greñúo’ ha ‘hablao’, claro que ha ‘hablao’, lo hace cada Jueves Santo y son pocos los que escuchan a pesar de que son muchos los que necesitan oír. Nazareno y gitano, de su gente, de su barrio. Para qué más si sólo Él nos puede salvar.

El rey de reyes baja de su trono en Santa María para estar donde a Él le gusta, en la bulla de la bulería, en las palmas redoblas, al compás, por alegrías o por soleá. En su paso dorado o por dorar; si no hay oro que brille más que atender en

casa la llamada de la necesidad. El primer mandamiento del León de Judá. Dar, dar y dar.

Protege a tu gente, Nazareno bueno, hazte presente y penitente en alegrías y duelos, como sabes compartir con tus vecinos y pisar con ellos el mismo suelo. Bajar a la realidad donde sobra corazón y falta dinero, y la miseria recorre demasiados entresijos de barrieros donde sólo Tú, mi Señor, eres de peticiones el heredero.

Lo dicen los sonos, lo pregonan tus voceros, príncipe de la Tacita, al frente en epidemias y pandemias, en esa cruz que vas alzando cuando mi corazón palpita. Y yo qué te diría, que, si mis pies fueran tu guía y mis manos tu consuelo, otro gallo cantaría para sujetar tanto dolor cargando con el madero.

Sé lo que te diría Regidor Perpetuo, sendero de la alegría por Sopranis, Botica, Mirador o Jabonería. Lo plasmó el inolvidable Larri y lo elevo a los altares en tu glorioso día: Gitano Tú eres, el primero de Santa María.

SANTA CRUZ

Silencian palmas y guitarras en el cercano Pópulo. La luna asoma por la torre del sagrario porque es la primera invitada de la noche y la última en retirarse cuando el alba besa los viejos muros de Santa Cruz. Entre el final del jueves y el comienzo de la madrugada cristalina sale al encuentro con la ciudad una de las mayores devociones más allá de nuestras fronteras capitalinas.

Cautivo y Rescatado, es Medinaceli; Cautivo y Rescatado en pies y manos milagrosas ahora y por los siglos de los siglos; Cautivo y Rescatado para la abuela, la madre y la niña como herencia de oración sentida que hace de la devoción una hermosa riña; Cautivo y Rescatado, “mi moreno” como le dice la primera de sus devotas.

Que tire la primera piedra a quien no le entre un escalofrío que golpea los huesos cuando Medinaceli se acerca a paso de horquilla y todos pensamos aquello de “me está mirando a mí porque su mirada brilla”. Me mira a mí, a ti y a todos porque su grandeza radica en atender a cada uno de sus hijos.

Hermanos de Medinaceli, somos el camino de la devoción popular y ese sentimiento debe ir más allá. Enarbolemos la bandera de la solidaridad porque no hay más efecto llamada que un viernes cualquiera en Santa Cruz ante “el moreno” de la primera de las devotas y junto a la Virgen de la Trinidad. Un enorme regalo que esta cofradía pone en manos de la Semana Santa gaditana y que no entendemos en su justa medida. Trinidad bendita, la señora más hermosa, la Madre de mirada infinita, la madurez hecha Virgen que ensombrece una gran devoción. Mi pasión más escondida. Quiero estar en tus filas, sentir tu llegada a mi espalda con esos cirineos de Cádiz que te pasean y te cuidan. Necesito ser parte de tu historia y que Tú entres en la mía.

Genaro, que no nos movemos de Santa Cruz ni bajamos los ciriales.

La temperatura sube y hay calor humano y de hermanos dentro y fuera del templo. Los sintechos acuden a una llamada que marca una hora: las tres de la madrugada. Las voluntarias de Valvanuz abren sus balcones con más lustres en la calle Santiago. Y hasta las hermanas de la Cruz y de María Arteaga aparcan toda una vida de genero-

sidad para, antes de que se haga más tarde, estar con quienes siempre están con ellas.

Todo está dispuesto Santísimo Cristo del Perdón. Es la hora: las tres de la madrugada. Que lo vuelvo a decir alto y claro: que me da igual lo que digan los itinerarios que jamás vencerán a la razón del corazón. Las tres de la Madrugá y El Perdón van de la mano porque la historia labrada por nuestros antepasados se marcó a esa hora a golpe de horquilla y tambor, que en la mañana del Viernes maravilla a los que aguardan en la calle Nueva a ver la 'mole' de Cádiz y detrás a su niña. La del Rosario con cara de chiquilla que luce más que nadie cuando el celoso amanecer se apodera de su rostro y quiere secar sus lagrimillas.

Que no lo discuta nadie, que entramos en un debate absurdo. El Perdón ni a las doce ni a la una ni a las dos. A las tres como debe ser, como marca la tradición, como la historia de esta hermandad y la Semana Santa gaditana enseñó.

A las tres, y su estación de penitencia al amanecer con esa estampa ante la Catedral de la que presumir yo quisiera volver. Dios mío, que no nos quiten lo nuestro, que la cordura empiece por un sentimiento, que para los sintechos no hay hora

cuando El Perdón levanta el paso de la solidaridad para dar ese aliento en forma de compañía y alimento.

La Madrugá es El Perdón y El Perdón es la Madrugá. A las tres y no se hable más.

Genaro, ¿cómo vamos de fuerza? Va quedando menos...

Va cayendo el sol de la Pasión con la Muerte camino de la Resurrección en un Viernes Santo muy grande que nos asoma a la cruz. En la Merced, donde nace la Sed a los pies de la Piedad, hay mucho más que Siete Palabras por reconocer y entonar, tanto como el esfuerzo histórico del querer, poder y lograr. Todo lo que consiga esta hermandad tiene ganado mi reconocimiento porque la riqueza no pinta de oro o plata si en una madera sencilla el sentimiento heredado por devotos del palco del cielo, como Pepe Ruso, fue el origen de tan buena semilla.

Victoria de la Expiración en la Castrense, Santa María, Santa Catalina o en cualquier templo como casa de Dios. El Carmen como adopción será la cúpula desde la que Manolo Montero rendirá honores a la Benemérita y cuidará de sus herederos.

Expiraba el poeta:

“Cristo que te estás muriendo
sin acabar de morirte,
Cristo que paras el tiempo
que por ti no quiere irse
este Viernes Santo eterno”.

“El cielo va tejiendo un suave
palio azul a tu pureza inmaculada,
que en las entrañas del Carmen
nace como estela adoptada
frente a la Bahía como balconada”.

“Concebida sin mancha, consagrada
para darle la vida al Niño Santo,
naces libre de mácula y quebranto
por los planes Divinos preservada”.

“María, mediadora celestial,
loada bajo la advocación de Victoria,
flor pura entre las blancas azucenas,
hasta tu Hijo con celo maternal,
lleva el eco de nuestras oraciones y acude
a consolarnos en las penas”.

El sol resiste en esa pugna con el ocaso, poderoso invitado en la calle Sagasta que no quiere perder detalle del equilibrio osado de un Cristo que está a punto de descender a los brazos de su Madre entre terciopelos y bordados.

La noche que antes era Madrugá forzada, empuja desde el mercado para que luz repose sobre las aguas cristalinas entre castillos de una playa deseada, en la que cada Semana Santa la recordatoria a Juan Manzorro es obligada. Desciende Cristo en uno de esos altares que muestra Cádiz en su grandeza, en su Quinta Angustia bronceada.

Genaro, estamos en San Agustín. Buena Muerte como lleves suerte y silencio en la noche doliente en la que callan todos: acólitos, cargadores y penitentes.

“Por las calles del centro
la pena viste de negro doliente
y nos va gritando:
¡Silencio! Que pasa la Buena Muerte”.

Por las calles del centro,
la noche del Viernes Santo
extiende su negro manto con corbatas plateadas,

y hasta la luna se para por rezarte reverente,
¡Cristo de la Buena Muerte!

Mayor Dolor presente
por las calles convaleciente.
Ni San Juan va con la Madre,
que llora amargamente
al verte en la Cruz inerte.

Más yo no quiero perderte,
mi oración sale al instante,
de rodillas ante tu semblante.
¡Cristo de la Buena Muerte!

Nos van gritando: ¡Callad!
La pena por las esquinas,
toda la gente se empina
por contemplar tu bondad.

Tu rostro no tiene precio,
comenta la buena gente,
y la hermandad nos advierte
que eres Dios y Majestad,
¡Cristo de la Buena Muerte!

Hoy va por ti penitente,
hermano fiel y paciente
en la eterna oscuridad naciente.
¡Silencio Cádiz! ¡Silencio!
Todos los Viernes Santo,
aquí reina Buena Muerte.

VUELTA A CASA

De vuelta a casa, Genaro, que esto se acaba o más bien empieza.

Santa Cruz, Soledad y Santo Entierro... En mi devoción más personal, profunda y criada en mi juventud hoy me encierro. Presumo de cofradía, presumo de hermandad; presumo del esfuerzo donde todo tiene el triple de dificultad; presumo de la fe en los Titulares y en mi persona de un grupo humano que entiende el mensaje y que hasta el alma dona.

Presumo de los que estuvieron, los que están y los que vendrán. Presumo de los ausentes que observan desde el palco celestial que todo sucede tal y como debe ser para que no pierda sentido la Palabra con sus obras cargadas de fe.

Presumo de cada minuto que tenemos en la mente a Soledad y Santo Entierro, Santo Entierro y Soledad; todos pasamos, pero ellos nunca se irán y por sus manos y pies ha desfilado dejando su beso la historia de esta ciudad.

No hay un momento que deje de dar gracias a la vida por este logro comunitario, servir a mi hermandad, luchar en defensa de valores como la

caridad y alzar mi mano voluntaria en mi casa, en el trabajo o en este escenario. No hay un momento en el que mire atrás y no recuerde el mensaje añejo de lo que fuimos, lo que somos y hacia dónde vamos.

Esa es mi cofradía, con sus hermanos, devotos que como en mi caso llegamos de la mano de la chavalería de aquel Grupo Joven eterno en mi corazón que hoy conservamos recuerdos, anécdotas y grandes dosis de pasión en una amistad que demuestra que aquello, hace más de 30 años, fue un auténtico filón.

Sirva de ejemplo lo que me acercó a mi cofradía: reforzar mi fe, mis valores, la palabra compromiso, el servicio a los demás, aquellas noches de dudas y temblores ante el miedo estudiantil de aceptar una llamada a la que nunca respondí por no canalizar lo que entregaban en mis manos, cuando estudios y teología ofrecían abrir la puerta a un nuevo día en el colegio Salesiano.

Y ahora, desolada Madre, al expirar mi alma, recíbeme entre tus brazos y poniéndome bajo tu manto, ocúltame a la mirada del enemigo, llévame volando al cielo y ponme en los brazos de Jesús.

Cuida de mi gente, Virgen de la Soledad, de esas almas llorosas. De Genaro, que representa mejor que nadie la solidaridad de esos acólitos entregados y que hoy, bajo su nombre, todos son homenajeados. Haznos fuertes en la fe de quererte con la misma nobleza con la que te hiciste presente en la mayor crueldad como Madre de la humanidad, porque ver a un hijo morir sin compasión es antinatural aunque sea el mismísimo hijo de Dios.

Y ahora te ruego que les hagas la compañía que yo te he hecho hoy a todos los moribundos presentes; sé Madre de todos; son momentos extremos y les hacen falta grandes ayudas. Por eso, no le niegues a nadie tu oficio materno. Que de tus manos descendan por los rosarios la comida que tanto falta. Que tu pañuelo sea el techo de los que sufren su ausencia. Que cada uno de tus dedos se convierta en la esperanza que señala a un mundo justo, en paz. Que este pregón, que es la leche, sea una caravana de palabras que se recoja a la hora prevista en el templo de la caridad.

Yace el pregón y el espíritu reivindicativo del pregonero, que en breve pasará al recuerdo de su lucha y tesón por un mundo mejor. Mi familia, mis

amigos y mis cofradías me acompañan en este interminable idilio de fe devocional para hacer de la Palabra el centro de mi estación de penitencia con recogida en la Catedral de la solidaridad.

Yace el pregón como mi Cristo entre cristales parisinos 400 años después del milagro más divino que Villegas diera vida al sueño eterno y redimido de mi Señor el escogido, mi fuente de devoción, mi corazón compungido. Tu descanso es mi esfuerzo, tu silencio es mi palabra, a tus pies desde niño por aquella beca del alma que mi madre regalara y que abrió ese camino hasta la orilla de tu plata.

Madre de la Soledad, mientras te dejo, una palabra más: te ruego que me encierres en el Corazón Sacratísimo de Jesús y Tú, adolorida Madre mía, cuídame, para que Jesús no me tenga que expulsar de su corazón y para que yo, ni siquiera queriéndolo, pueda jamás volver a salir de él. Te beso tu mano materna y dame tu bendición.

Mi oración llega a su fin.
 Antes de la despedida,
 quiero una vez más decirte
lo mucho que en esta vida significas para mí.

 Eres mi luz y mi guía
 mi camino y mi alegría,
 mi ilusión y mi esperanza,
 timón de mi confianza,
 razón de ser y vivir.

La estrella que siempre brilla
 aún con mi cielo nublado.
El mar que llega a la arena
 de mi playa impura y sola
 para borrar con tus olas
 las huellas de tantas penas.

 Eres brújula maestra
que siempre orienta mis pasos
 al norte de tu figura.

 Eres faro inextinguible
 cuya luz siempre perdura,
 la madre que por ventura
 nos puso Dios aquí al lado.

Un lirio de luto en pie,
tallado por un milagro.
Mi fulgurante locura
y mi cordura a la vez.

Eres, Soledad, la victoria
que persigo cada día,
para que sigas muy viva
en mi gastada memoria.

Eres mi mejor historia,
eres en todo momento poesía,
pensamiento, principio
y fin de mis sueños,
motor de mis sentimientos,
dulzura, pasión, ensueño,
un beso en flor, entrañado,
un paraíso bordado de infinita primavera,
mi horizonte iluminado sin límites ni fronteras.

Eres la aurora brillante que alumbra los nuevos
días,
el Ángelus de escultura,
la salve hecha de hermosura,
una pura sinfonía de excelsa maternidad.

Un verso tan solo escrito
con una sola palabra
tan exacta, Soledad,
que es toda una poesía
convertida en oración desde que
te hiciese un día un santo escultor.

Y aquí puedo recitar
las hermosas letanías
que, añadidas al rosario,
no por tanto repetidas,
han perdido su verdad.

Son súplicas que sellamos
con un "ruega por nosotros",
confiados como estamos
en que a tu corazón van.

Ejemplo de madre buena
que, aunque se sabe muy sola
tiene grabada la hora
del aleluya inminente,
del Hijo
que, ya impaciente, vendrá
otra vez con la aurora.

Mientras la tarde se dobla
y pierde su dimensión,
quiero decirte, Señora,
un piropo enardecido
que sale del corazón.
¡Qué guapa eres Madre mía, Virgen de la
Soledad!
¡Guapa, guapa de verdad!

Y cuando llegue mi hora
en el reloj de la vida
y se agote mi existencia,
quiero tener tu presencia
junto a mí, en un altar hecho
de salves y besos, mientras
se rinden mis huesos
en el momento final.

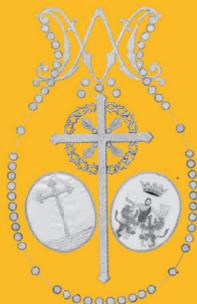
Cuando se cierren mis ojos
y ya no sienta mis pulsos
y la muerte me someta
talándome sin piedad,
como un árbol ya sin cielo,
desnudado y sin raíces,
perdida mi voluntad,

quebrantada mi razón,
quiero que en ese momento
mi último pensamiento
apunte a tu corazón.

¡Madre mía, en ese día final,
Virgen de la Soledad,
acoge mi alma en tus manos,
para descansar en ellas
por siempre, Madre, contigo,
en tu casa celestial.

He dicho.

PREGÓN DE LA SEMANA SANTA DE CÁDIZ 2024



CONSEJO DE HERMANDADES
Y COFRADÍAS DE CÁDIZ

Ayuntamiento de Cádiz
Fundación Municipal de Cultura